

a Jesús? 2799.

¿ES TAN MALO EL ESTADO?

Es impresionante la aversión al Estado de que hacen gala los partidarios del modelo. Con ese aire de superioridad característico de los nuevos sabios todavía inmaduros, no ocultan el desprecio que el Estado les merece. Los más versados hablan del Leviathan, monstruo omnipotente que lo absorbe todo. Otros se limitan a aseverar, muy convencidos, que el Estado es ineficiente y dispendioso; así lo enseñaría la experiencia.

Asombra que quienes esto piensan sean al mismo tiempo devotos del autoritarismo, sistema de Gobierno en que el poder del Estado se ejerce sin contrapesos por la autoridad central. No les conmueve que se use ese poder discrecionalmente para encarcelar, exiliar o torturar, ni para impedir que hombres se reúnan o se asocien, ni para censurar ideas. Pero les escandaliza que pueda usarse para fijar salarios mínimos, impedir especulaciones, proteger la producción nacional o construir viviendas.

Prescindiendo de esta extraña paradoja, cabe preguntarse: ¿es tan malo el Estado?

Una breve ojeada a la historia nacional permite, a lo menos, ponerlo en duda. Desde los albores de nuestra República, el Estado asumió en Chile tareas importantes para impulsar el desarrollo patrio.

En el ámbito educacional, por ejemplo, fundó la Escuela Militar, el Instituto Nacional, la Universidad de Chile y, posteriormente, multitud de escuelas, liceos y establecimientos de enseñanza técnica, todos servicios del Estado, cuya calidad y prestigio han sido justo motivo de orgullo para los chilenos.

A través de la Beneficencia Pública, primero, y enseguida del

Servicio Nacional de Salud, el Estado de Chile procuró atender, con relativo éxito, las necesidades sanitarias de la población.

¿Y quién unió nuestro país desde Iquique hasta Puerto Montt por un servicio ferroviario que en su tiempo fué de los mejores en su género? Precisamente el Estado. El mismo que construyó y mantiene la Carretera Panamericana a lo largo del territorio patrio y cuya línea aérea nos permitió viajar rápidamente desde Arica a Magallanes.

Fué también el Estado quien nos dió manera de comunicarnos, por correos y telégrafos, hasta los más apartados lugares y, en los últimos años, por la red troncal de telecomunicaciones.

¿Y quién construyó las grandes plantas que nos proporcionan electricidad? ¿Quién creó la industria chilena del acero? ¿Quién explotó el petróleo nacional? ¿Quién hizo posible el desarrollo de la pequeña y mediana minería? ¿Quién ayudó a la agricultura con créditos y asistencia técnica? ¿Quién promovió la producción de azúcar de remolacha? ¿Quién impulsó la pesca? Precisamente el Estado.

¿A qué seguir? Podrían multiplicarse los ejemplos de tareas a través de las cuales el Estado de Chile ha hecho posible el desarrollo nacional. Si él no las hubiera acometido ¿se habrían realizado? ¿Las habría cumplido la iniciativa privada?

Señalar estos hechos no es ser estatista. Es, simplemente, recordar algunas verdades que -como decía un maestro- por ~~xxxxxxx~~ sabidas se callan y por calladas se olvidan.

La sensata reacción que en la mayoría de los chilenos provocó el afán estatizador de la Unidad Popular, no justifica ~~xxxxxxxxxxxx~~ caer en el extremo inverso de querer privatizarlo todo.

El Estado existe no solo para asegurar el orden. ~~ppXXXXXX~~ Su

fin es alcanzar el bien común. Para cumplirlo, no puede rehuir las tareas que las circunstancias le exijan para hacer justicia y promover el desarrollo. Como, por ejemplo, en la actual situación chilena, adoptar medidas eficaces para reactivar con rapidez la economía nacional.

Patricio Aylwin A.

www.archivopatricioaylwin.cl